



## PARA ESQUIVAR LA IGNORANCIA

*José Luis Martín*

Universidad Nacional de Educación a Distancia

*Lo Crestià*, la gran enciclopedia moral de la Edad Media escrita a fines del siglo XIV por Francesc Eiximenis<sup>1</sup> dedica la primera parte del libro doceno a explicar “por qué fueron creadas comunidades y ciudades y quién las edificó –capítulos 1-68–; en la segunda se explica “qué es ciudad, qué requisitos ha de tener en el presente y cómo era en el tiempo antes de la ley de gracia”, antes de la venida de Cristo a la tierra, y la tercera parte tiene como objetivo “enseñar cómo cada ciudad y reino son llamados Cosa Pública y qué es Cosa Pública así como lo a ella concerniente” –capítulos 357-395–.

Al porqué de las ciudades, aspecto que ahora nos interesa, dedica el autor, según hemos dicho, los primeros sesenta y ocho capítulos en los que recoge y desarrolla las trece razones por las que fueron creadas las ciudades.

### A HONOR Y GLORIA DE DIOS

El cristiano no puede olvidar que la razón de ser de cuanto existe es Dios y que Él ha creado las ciudades para su honra y honor: la bienaventuranza celestial es dada a conocer al hombre bajo la forma de una noble ciudad, la ciudad del Paraíso, que está pintada en el interior del ser humano<sup>2</sup> aunque desde el pecado original se le contraponen otra, terrenal, que combate y se opone a la ciudad eterna. Para evitar o controlar los ataques de la ciudad terrenal se dio al hombre la inclinación a vivir

en comunidad y edificar y habitar las ciudades de acuerdo con ciertas normas, para que viendo esta ciudad material conozca la ciudad espiritual que lleva en sí, y observando estas dos ciudades, su nobleza y hermosura, aspire a la ciudad celestial y actúe de manera que merezca llegar a ella.

La ciudad tiene pues su origen en Dios, y el honor de la divinidad ha de ser la razón fundamental para edificar una ciudad, cuya primera piedra será bendecida por el obispo al tiempo que asperge con agua bendita el lugar; la construcción de la catedral, las iglesias parroquiales y los monasterios y la publicación de leyes que garanticen la observancia de los tres primeros mandamientos dados a Moisés –los que se refieren a las relaciones del hombre con Dios– así como la promulgación de disposiciones que guarden el debido estatus a los clérigos han de ser prioritarios a la hora de la construcción.

#### PARA ESQUIVAR IGNORANCIA

Dios es la primera razón de ser de las ciudades y la segunda, la primera entre las temporales, la posibilidad de aprender, de salir de la ignorancia con la que llegamos a este mundo: la “segunda razón principal por la que fueron edificadas las ciudades, es *para esquivar ignorancia* y aprender todo lo que es beneficioso y necesario para el cuerpo y para el alma”, es decir para poner fin a la ignorancia en la que cayó el hombre tras el pecado de Adán.

Aristóteles entre los filósofos y Jeremías en la Sagrada Escritura explican claramente la naturaleza de esta ignorancia: según el filósofo, cuando nacemos nuestra alma es como una tabla rasa en la que nada hay pintado: nada sabemos, nada entendemos, nada recordamos y nada razonamos, y de esta ignorancia derivan grandes males que el profeta bíblico conduce hacia Dios: el hombre es estulto porque nada sabe de la única ciencia que le interesa, la de Dios, y si no la conoce no puede amar a su Creador, opinión que corroboran San Agustín, Salomón, San Pablo o el profeta Oseas.

Aprender, poner fin a la ignorancia, es obligado para obtener la salvación, y el conocimiento se encuentra y adquiere mejor en lugares poblados y notables que no en la soledad, según se prueba por las siguientes razones: en la ciudad hay *información magistral*, una sola persona basta para informar a diez mil al mismo tiempo, lo que no es posible en la soledad; a la información teórica se añade el *ejemplo experimental* porque en las grandes ciudades hay muchos de los que puede aprenderse cómo actúan, qué dicen y cómo viven. Puede encontrarse en las ciudades *doctrina fraternal o paternal* porque entre tanta gente siempre hay personas dispuestas a enseñar al prójimo, y éste puede preguntar más fácilmente sobre las cosas que se deben hacer; a la ayuda externa ha de añadirse el *estudio personal* a

través de la lectura: es cierto que en la soledad hay más ocasiones de leer, pero en poblado se aprende más porque leer incluye preguntar el sentido de lo que se lee y el hombre en soledad no tiene quien le instruya y como muy bien dice el proverbio “leer y no entender es olvidar”; Dios ama a los solitarios y suple en ellos la ignorancia, pero no siempre ni a todos, y conviene saber, habla un fraile urbano, que a persona que quiere aprender las cosas buenas y santas, más le vale estar un tiempo entre los peligros de las ciudades que no huir de ellos en la soledad y vivir sin información y doctrina; la soledad es buena sólo para el que sabe y siente qué peligros hay y ha sido ya probado por diversas tentaciones, lo que se consigue en las comunidades y congregaciones antes de llegar a la soledad. No pretende Eiximenis impugnar la vida solitaria, alabada y aprobada por Jesús y por muchos santos patriarcas, pero estas alabanzas no le impiden concluir que “las ciudades fueron creadas para mayor información de los hombres y que, sin comparación, el hombre adquiere antes el saber y sale de la ignorancia en la ciudad que no estando en la soledad o en lugar pequeño”.

Las cosas que el hombre puede aprender mejor en comunidad que como solitario pueden agruparse en cinco formas verbales: *credenda* o conocimiento de los artículos de la fe, de las verdades en las que hay que creer; *optanda et detestanda* conocimiento de lo que hay que desear y lo que se debe aborrecer; *vitanda* o pecados de los que hay que huir, *agenda* o información sobre lo que se debe hacer, y, por último *loquenda* que quiere tanto decir como aprender a hablar. Cada aspecto sugiere al autor algún comentario que merece la pena resumir: respecto al aprendizaje de las verdades de la fe, Eiximenis insistirá, como ya ha hecho en otras ocasiones, en que “los payeses y montañeses son tan bestiales que no saben signarse ni orar ni confesar, ni saben casi nada de la fe ni de los estados eclesiásticos, cosa que no ocurre en las comunidades”<sup>3</sup>. Elegir y rechazar es más fácil en la ciudad porque en ella hay numerosos clérigos y abundantes libros, continuamente se oyen sermones y disputas, puede asistirse a lecciones y actos escolásticos que sólo en ella se celebran.

Evitar el pecado parece más fácil en la soledad y pocos dudan de que los pecados son más numerosos en el mundo comunitario, pero para todo tiene respuesta nuestro franciscano: vale más incurrir en algún pecadillo si va acompañado de un servicio a la comunidad que abstenerse en solitario, sin beneficio para nadie. Los beneficios de la información bien merecen que se disimule alguna que otra falta en quien instruye a los demás, y siempre será mejor esto que vivir en el desierto sin información o guardando la información para uno mismo. A estas razones se añaden las palabras de San Francisco: preguntó a Dios si los frailes, los franciscanos, estarían mejor en los desiertos o en las ciudades y desde el cielo se le contestó que se quedarán en las ciudades y villas para que con su predicación guiasen las almas hacia Dios. Por último quien todos los días oye hablar aprenderá mejor que el que sólo puede oírse a sí mismo<sup>4</sup>.

Consciente del papel de las ciudades en la información, la Iglesia ha dispuesto que en cada catedral haya maestros de gramática y de otras materias, y en las sedes metropolitanas maestros de Teología y que todos enseñen a quienes quieran aprender sin cobrarles nada pues misión de las iglesias es atender a las necesidades de los maestros; antes que la Iglesia vieron esta necesidad gentiles como Trogo Pompeyo según el cual los príncipes y señores debían procurar en sus ciudades la existencia de estudios de Gramática, Lógica y Filosofía y en alguna de las ciudades un estudio general al que los vasallos pudieran enviar a sus hijos para estudiar, además de las ciencias antes señaladas, Derecho civil o canónico, Teología o Medicina; la autoridad ha de pagar convenientemente a los maestros para que nadie se quede sin aprender por falta de medios. Es un dicho común que “ciudad en la que abunda la ciencia no carecerá de bienes, y que en todo tiempo donde sobresale la ciencia inmediately sobresale la caballería pues van en compañía por todo el mundo”<sup>5</sup>.

Ovidio refuerza las ideas sobre la importancia de la sabiduría cuando afirma que el hombre es completo si es sabio, virtuoso y elegante; si es ignorante, malviviente y mal hablado es basura; si sólo es sabio vale tanto como plata; si sabio y elegante es similar al oro; si es sabio, virtuoso y elegante vale más que cien de sus semejantes y más que el oro; y si es sólo elegante es un sepulcro maloliente pintado por fuera. Séneca llama la atención sobre el hecho, para él comprobado, de que el príncipe se convierte en tirano cuando no se rodea de hombres sabios ni los favorece porque teme que con su saber lo maten o le quiten el poder.

El ciudadano, cada uno en su estado, ha de aprender algo: los menores, los artesanos, un arte u oficio y estar en contacto con los mercaderes que salen de la tierra para que se informen de las novedades de cada oficio y así puedan ellos aprenderlas e incorporarlas a su trabajo; los medianos y los mayores han de saber gramática para hablar con los extranjeros en la tierra de éstos o en la propia; los mayores deben saber leyes, fueros, consejos y costumbres de la tierra y practicar el consejo para lo que se necesitan libros sobre los regimientos de los pasados y sobre las experiencias de los presentes, la fama de los lejanos y la práctica de los próximos mejores y más sensatos<sup>6</sup>.

El elogio de los libros se refuerza con las ideas de Catón, Salomón, San Gregorio o Platón del que Eiximenis recuerda la despedida de sus libros en el momento de la muerte: “Cuando estaba a punto de morir, hizo que llevaran a su presencia todos sus libros, los besó, los abrazó, mandó que siempre fueran tenidos en gran reverencia y les habló de esta manera: padres míos, regidores y luz de mi vida, de aquí en adelante no puedo estar con vosotros porque me voy a mi dios que me llama sin dilación; os doy las gracias por el gran honor, corona y gloria que me habéis dado en el mundo y suplico a mi dios que os ponga en manos de personas que os amen, os honren, y os requieran de todo corazón como yo he hecho toda mi

vida”. Después, dicen, se giró hacia sus discípulos y les habló así: “hijos, esta es la última palabra que oiréis de mí, que améis la sabiduría y el buen saber según dios, y que por este motivo no os parezca caro el dinero para conseguir buenos maestros y buenos libros porque estas dos cosas no tienen precio para el hombre que los ama, y en estas dos cosas reside todo el tesoro, riqueza y nobleza del mundo”.

No menos amantes de la sabiduría fueron otros antiguos a los que se debe el descubrimiento y la difusión de las diversas artes; entre los muchos que cita Eiximenis, tiene especial importancia Nemroth, descendiente de Caín, fundador de Babilonia, que recogió sus conocimientos de astrología y geometría en dos pilares, uno de metal y el otro de barro cocido, para que si había un incendio universal se salvara el pilar de barro, y en caso de diluvio se conservara el metálico<sup>7</sup>. De Babilonia ciencias y ciudades se extienden por Egipto, Grecia y otras tierras: Memphis es la ciudad egipcia en la que florece el conocimiento y en ella estudiaron Pitágoras y el gran Platón; en Jerusalén, Salomón puso estudio de todas las artes, y allí disputó y enseñó en su tiempo ciencia y sabiduría; entre los griegos se extendió el conocimiento de las cosas altas, celestiales y filosóficas y, más tarde, hubo compiladores de leyes y poderosos filósofos –Tales de Mileto, Anaxágoras..., Sócrates, Platón y Aristóteles– maestros de los romanos de los que, a su vez, aprenden los franceses, los ingleses y otros muchos; estos y otros ejemplos prueban sin lugar a dudas que “la ciencia sigue a las grandes edificaciones, villas y ciudades, por disposición especial de nuestro señor Dios; las ciudades son lugares especiales y más convenientes que todos los demás para que el hombre aleje de sí la ignorancia y para que sepa lo que es necesario y beneficioso para su cuerpo y para su alma”.

#### PARA ALEJAR LOS MALOS DESEOS

La tercera razón por la que se edifican las ciudades es para *esquivar malos deseos*. Alejarse, evitar las oportunidades es el remedio mejor y en este sentido la soledad debería ser el modo ideal de vida pero la vida en el desierto es para muy pocos y la gente normal vive en comunidad; si ésta es grande y bien regida sus habitantes tienen mayores posibilidades de controlar los malos deseos que quien habita en ciudades menores, al menos por tres razones: en la ciudad hay *mejor información*; se evitan los pecados por miedo a caer en la vergüenza pública, hay más *temor y vergüenza* y, por último, es más fácil la *corrección*. Que hay más y mejor información es evidente a todos: en la ciudad abundan los hombres sabios, hay más libros, sermones, lecciones y ejemplos de buenas personas, y quien está informado refrena más fácilmente los malos deseos<sup>8</sup> que en los lugares pequeños; así lo entendió el filósofo Prometeo al decir que valía más un buen hombre criado en lugar notable que un buen hombre educado en lugar pequeño; por esta razón pedía a los payeses que educaran a sus hijos en buenos lugares y

en grandes ciudades para, así, cumplir con su deber paternofilial y dar a los hijos lo mejor que estuviera en sus manos para que en su momento sirvieran bien a la Cosa Pública, y como el hombre informado está mejor preparado que el rústico y bestial, se sigue que los extraños y foráneos han de enviar sus hijos a las grandes ciudades si es posible.

La superioridad del hombre bien educado –hoy diríamos que la información es poder– se prueba por las palabras de Forfeo, ciudadano de Troya que se negó a repartir los bienes paternos con los hermanos porque a éstos había dado el padre mucho más que a él: “los había hecho criar en la ciudad de Atenas donde habían aprendido ciencia y conocimientos que valían mucho más que la riqueza mientras a él sólo le había dado bienes materiales”. Por esta razón puso Dios en cada provincia una ciudad lumbre y espejo de las demás en la cual los hombres pudieran informarse sobre lo que habían de hacer, decir, esquivar y buscar<sup>9</sup>.

Por otra parte, *la vergüenza y el temor* ayudan a vencer las tentaciones y siempre es más duro ser avergonzado ante muchos que ante pocos; los testimonios sobre la mala imagen de quien no tiene vergüenza son numerosos: Tales de Mileto, Cicerón, el abad Apolonio, Séneca, Tito Livio, Trogo Pompeyo, el papa Zacarías, Isaías, San Isidoro, el evangelista San Juan, o el proverbio popular *si non caste, tamen caute* que quiere decir que si el hombre no quiere vivir castamente, al menos que lo haga cautelosamente y a escondidas para no ser menospreciado y no dar mal ejemplo a los demás.

Al hablar del regimiento de las ciudades Eiximenis insistirá en que todos han de estar ocupados, y se remonta al filósofo Balbo para decir que la solución sería meter a todos los vagos en una isla desierta: a la fuerza tendrían que hacer algo o morirían; la idea se repite aquí atribuyendo a Aníbal el aislamiento de los desvergonzados; todos deberían ser reunidos en un lugar en el que no hubiera ningún hombre de bien y así se hizo confiando en que la falta de vergüenza llevaría a enfrentamientos y a la muerte de todos; cuando Aníbal supo que todos habían muerto se alegró porque “más valía que todos hubieran muerto en un mismo día pues si hubieran continuado entre los hombres de bien habrían corrompido la tierra”; dado el éxito de la experiencia, Aníbal mandó que todo desvergonzado fuera llevado al tal lugar que no era sino una isla en cuyas costas no había ningún barco para que nunca más pudieran salir los que en ella entraran.

En la ciudad es más fácil encontrar *corrección*, en cualquiera de sus modalidades: discreta y paternal, familiar, de amigos, civil y de los murmuradores. Los padres están más informados en las ciudades y pueden, por tanto, corregir con mayor facilidad a sus hijos; lo mismo podríamos decir de los demás familiares y de los amigos, cuyo número es mucho mayor en la ciudad que en lugares pequeños.

Como todos saben, en la ciudad está mejor organizado el poder y más preparado para corregir los vicios de las gentes y nadie ignora el castigo que las leyes reservan a quien roba o se apodera de mujer ajena. Por último, existe la corrección indirecta de los murmuradores cuyos comentarios todo el mundo teme: el conocido refrán “El ojo del amo engorda al caballo” puede formularse de otra manera: “El ojo del murmurador pone freno al hombre malo”<sup>10</sup>.

#### 4. Oponerse a los malos hombres y defenderse de ellos

La cuarta razón de ser de las ciudades es la defensa contra los malvados; Troya y Roma fueron creadas para defenderse de los enemigos y para defenderse edificó Caín la primera ciudad conocida, Enos en la India, aunque en este caso los malos fueran él y los suyos; carácter defensivo tuvieron Babilonia y otras muchas ciudades en Asia y en Europa; el origen de las ciudades europeas es contado por el cónsul romano Quirico: para hacer frente a algunos malvados que, rodeados de ladrones, pretendían dominar a los demás, decidieron hombres significados edificar grandes y poderosas ciudades con multitud de gente bien regida, experta en armas y en todo lo necesario a su buen estamento de modo que si algún tirano o una multitud de malvados quisiera oprimirlos la ciudad los derrotase y alejara del lugar. Para esto sirven, añade Eiximenis, en el día de hoy las ciudades italianas capaces de defenderse y hacer frente a los tiranos. La ciudad ofrece defensa contra los enemigos externos y contra los internos: ladrones, raptos, usureros, adúlteros, blasfemos, soberbios, malhablados, engañadores y rebeldes.

#### Proveer suficientemente a las necesidades de los hombres

La ciudad tiene un objetivo claro, su quinta razón de existir: *proveer suficientemente a las necesidades de los hombres*. El hombre necesita comer, beber, vestir y calzar; si está enfermo precisa médicos, purgas, lavativas y otras muchas cosas que requieren la existencia de diversos oficios que se ayuden entre sí y que sólo existen en la ciudad. Por este motivo diversos autores han recordado que la ciudad que más ayuda a cubrir las necesidades de sus habitantes ha de recibir más privilegios, como en el caso de El Cairo que distribuye azúcar y especias, ciudades textiles como Gante, Malinas, Contray o Ypres, ciudades que producen y suministran vino, pan y otros productos como Sicilia y Cerdeña –pan–, Creta, Candía, Nápoles y Córcega –vino–, Mallorca –quesos–, Inglaterra –lanas–... Estas ciudades han de ser honradas de manera especial y el mismo honor ha de rendirse a quienes descubren artes y oficios de interés<sup>11</sup>.

Conocer, rechazar las tentaciones, defenderse de los malos, proveer al hombre de cuanto necesita... bastarían para justificar la existencia de las ciudades pero éstas no serían lo que son si no sirvieran *para dar a los hombres honesto placer y alegría*, si no proporcionaran alegría y placer al hombre, absolutamente necesarios según la Ética de Aristóteles: “nadie puede vivir naturalmente sin alguna alegría”. No está hablando Eiximenis de la alegría soberana que invade a los contemplativos cuando piensan en los bienes celestiales sino de la alegría mundana y temporal, no pecaminosa, de la que el hombre puede usar con moderación teniendo en cuenta siempre el lugar, el tiempo y las demás circunstancias<sup>12</sup>.

En las ciudades bien regidas y gobernadas hay muchas razones para la alegría: se vive seguro y en paz, encuentras remedio para los pecados y contra las penas temporales del corazón o de la carne, y todo el mundo puede satisfacer sus necesidades; estás siempre con gente con la que puedes huir de la tristeza; oyes, ves y hablas más sobre lo que quieres que en cualquier otro lugar, y de todo ello se deduce que las ciudades están hechas para consolar al hombre y alegrarle la vida pues no en vano, tal como indica Aristóteles el hombre es un animal social que desea compañía<sup>13</sup>, y cuando está solo se entristece<sup>14</sup> haciendo buena la frase de la Escritura: “¡Ay de los solitarios!” o, en traducción aproximada: “¡qué mal le va al que está solo! No tiene solaz, placer ni alegría”<sup>15</sup>. No siempre compañía es sinónimo de alegría y a comprobarlo vienen las palabras de Ovidio al ciudadano de Padua que se declaraba triste porque cada vez que entraba en casa su mujer le reñía: “cuando entres en casa antes de que diga nada, ríñele tú con tanta fuerza que no la dejes hablar, y cuando lo hayas hecho ríete de ella con cualquier persona de la que te fíes; ella, harta de mal callará por fuerza o de grado”.

La manera de acceder a la alegría y conocer la ciudad en la que más alegremente se puede vivir preocupa al rey Alfonso<sup>16</sup> a cuyas preguntas contesta el filósofo Leto diciendo que no puede responder a la primera pregunta porque cada hombre es distinto y lo que a unos va bien sienta mal a otros, pero puede afirmarse que quien vive templada y prudentemente está alegre. Difícilmente puede ser alegre un rey al que acosan múltiples responsabilidades pero siempre le irá bien rodearse de buena compañía que le ayude a superar las preocupaciones y vivir alegremente; es un remedio al alcance de todos pensar en el bien honesto que mayor placer produce y tener a mano algunos altos y placenteros pensamientos a los que recurrir cuando se presenta el disgusto, cuando se aleja la alegría.

Respecto a las ciudades en las que se puede vivir con alegría, las mejores son las situadas junto al mar como Constantinopla, Nápoles, Mesina, Túnez, Alejandría... y en España Mallorca, Sevilla y Valencia situadas en lugares con agradables vistas y provistas de cuanto es necesario. Pregunta el rey “en qué tiempo



se debe vivir en las ciudades y cuándo es bueno salir fuera”, y Leto responde que los príncipes y señores han de vivir siempre en la ciudad ocupados en gobernarla; los nobles, caballeros y ciudadanos, que tienen sus posesiones en el exterior, deberían vivir en sus fincas durante el invierno y en las ciudades en verano, opinión que va contra la práctica habitual por lo que se da una amplia explicación, con seis razones favorables a permanecer fuera en invierno y otras seis destinadas a explicar por qué es mejor pasar el verano en la ciudad: entre las primeras destacamos la posibilidad de encender grandes fuegos en las chimeneas, salir de caza y controlar los trabajos de los campesinos que ocupan varios meses en arar, sembrar, cavar, podar, arrancar las malas hierbas... mientras que los trabajos campesinos del verano (segar, trillar y vendimiar) se despachan en quince días. La sexta y última razón que aconseja pasar el invierno fuera es que allí el corazón se ensancha, el cielo es más claro y el aire más limpio. Entre las razones favorables a permanecer en la ciudad durante el verano figura la amplitud de los días, que dan tiempo a resolver todos los asuntos; incluso si alguien tuviera negocios fuera sería mejor atender los de la ciudad donde hay más sombra que fuera; si tiene calor los remedios se encuentran más fácilmente en la ciudad, y en ella el agua está más fresca que en el exterior, hay menos moscas, pulgas y malos olores que en el campo y se puede combatir el calor con el mejor de los remedios: “buenos vinos blancos y rosados, comidas delicadas que despiertan el apetito” siempre menor en verano.

De acuerdo con las razones expuestas, el caballero ha de vivir fuera desde la Natividad de la Virgen de septiembre hasta la Cuaresma, reservándose quince días en Navidad para celebrarla acompañado, como buen cristiano.

#### DARSE FAMA PERPETUA

En algunos casos se han construido ciudades para *darse fama perpetua*, para recuerdo eterno del nombre del fundador: Lisboa –Ulisbona– recuerda a Ulises, Alejandría a Alejandro, Nínive a Nino, Zaragoza a César Augusto...

#### EN HONOR DE ALGUNA PERSONA IMPORTANTE

Algunos, para halagar a sus señores y alcanzar sus favores, han cambiado el nombre de ciudades ya existentes o han construido nuevas ciudades: Herodes edificó Tiberia en honor del emperador Tiberio; Filipo hermano de Herodes, para no ser menos mandó llamar Cesarea en homenaje al César a la ciudad que antes se conocía como Paneas...

## PRODIGIOSA

Otras ciudades han sido construidas con características muy especiales como Venecia, en medio del agua; Troya se caracterizaba porque cada calle era parte de la muralla y sólo había una puerta; su modelo se extendió a las cárceles llamadas laberintos, de las que nadie puede salir si al entrar no lleva consigo un hilo con el que pueda volver a la entrada. Llamativo era el faro de Alejandría y numerosas ciudades de Asia como Catay, Gambalec y Tauris o el puente que hizo construir Alejandro en Frigia sobre aguas pantanosas que tiemblan cuando se las toca...<sup>17</sup>. Forman parte de las maravillas del mundo pero como sus fundadores buscaban la pompa, son de nulo valor y de ellas sólo se recuerdan los edificios singulares.

## PARA SERVICIO ESPECIAL DE LA COSA PÚBLICA

No todas las ciudades tienen interés público, pero algunas fueron edificadas con esta intención y otras ya construidas fueron reparadas y dotadas de muros, valles y privilegios para beneficio de todos: Tiberio fortalece las ciudades de Sicilia, tierra triguera situada entre Italia, Egipto, Grecia, África y España; otros méritos tiene la isla: en ella se descubrió el primer arado para remover la tierra, allí aparecieron los primeros cantares llamados comedias, allí abundan el azufre, el coral, las piedras preciosas llamadas ágatas y la sal de plata –mercurio– que se funde en el fuego, cruje en el agua y salta sin cesar; por todas estas razones de interés público Tiberio mandó reforzar las ciudades existentes y crear otras nuevas<sup>18</sup>.

En Oriente, el emperador Diocleciano creó y revitalizó diversas ciudades para facilitar la llegada de las especias –El Cairo, Damietta, Alejandría, Damasco, Famagusta...– y a él se debe la creación de puertos y ciudades en las costas provenzales, de las que es ejemplo Marsella; creó puertos para que pudiera llegar trigo a Génova y obligó a sus habitantes a roturar las montañas para que tuviesen vino como el conseguido en el lugar de Vernacha; siguió el ejemplo de Pólux, inventor del anfiteatro y dotó a muchas ciudades de este nuevo invento: una plaza cerrada por un muro en cuyo interior hay una escalera de piedra por la que puede subir la gente para ver, cómodamente sentados y sin molestarse unos a otros, lo que se representa en medio de la plaza: juegos, justas, torneos, luchas de toros y aplicación de la justicia. Bajo la escalera había casas y edificios para tener leones, osos y lo necesario para la celebración de los espectáculos. El muro estaba abierto al exterior por numerosas ventanas adornadas con hermosa decoración...

Ciudades “públicas” hubo en Israel, y la Iglesia ha ordenado una ciudad –Roma– como residencia del Papa y otras donde habitan los patriarcas y obispos; en las fronteras de la Cristiandad existen ciudades habitadas por gente de armas a la que se encomienda la defensa del territorio, y la misma Iglesia ha creado

ciudades de estudio para la educación y formación de los fieles: en París, Oxford, Cambridge y Toulouse se estudia Teología, en Bolonia, Perugia, Aviñón, Montpellier, Lérida y Salamanca Derecho canónico y civil...

#### NECESIDAD DE CONTRATOS

Ninguna nación dispone de cuanto precisa y todas están obligadas a negociar para dar salida a sus excedentes y facilitar la entrada de lo que no produce; para esto se inventaron los contratos y se crearon ciudades en lugares en los que era más fácil la negociación. Ciertamente, los campesinos se autoabastecen y si todo el mundo viviese como ellos no serían necesarios ni el comercio ni los contratos pero si todos hubieran de trabajar la tierra ésta no bastaría y, además, la gente no estaría bien regida, protegida, informada ni defendida por lo que conviene que otras personas vivan en comunidad y cubran sus necesidades a través del comercio y de los contratos. Ni siquiera los campesinos pueden prescindir de ellos pues tienen que comprar vestido, calzado y otras cosas que no producen en sus casas y así fue preciso edificar ciudades para ayudar a la humana miseria.

#### FACILITAR EL REGIMIENTO

Por naturaleza, los hombres carecen de regimiento, son como ovejas errantes, ovejas sin pastor, que se dejan llevar por sus deseos; por esta razón los antiguos crearon congregaciones civiles y políticas dotadas de leyes y regidas por hombres virtuosos que tomasen sobre sí la dirección del grupo y lo llevaran por el buen camino hacia la salvación del alma. Eiximenis no se extiende sobre este punto<sup>19</sup> que desarrollará ampliamente en el tercer tratado del libro.

#### VIVIR VIRTUOSAMENTE

La decimotercera y última razón de la existencia de las ciudades nos lleva hasta la *Política* de Aristóteles, fuente directa de Eiximenis en gran parte de este libro; el autor medieval reproduce en latín el texto aristotélico y ofrece una acertada traducción: “quien encuentra la ciudad, encuentra el máximo bien porque el hombre y la condición humana aspiran a la virtud” o, en palabras del autor franciscano: “quien encuentra la ciudad encuentra el soberano bien para los hombres del mundo porque da a los hombres materia de vivir altamente en cuanto la ciudad, sus leyes y sus costumbres todas tienden a hacer virtuoso al hombre”.

Como en tantas otras ocasiones, el filósofo griego es aceptado, matizado o corregido a la luz de los textos de la Biblia y de autores cristianos, en este caso

David, Salomón, el papa Zacarías, San Agustín... que llevan a la conclusión ya conocida: las ciudades fueron edificadas “para vivir virtuosamente”, fin que está implícito en la definición de ciudad que ofrece el filósofo Agelio: “congregación concordante de muchas personas participantes y viviendo juntos; esta congregación debe estar bien compuesta y ser honorable y ordenada hacia la vida virtuosa y bastarse a sí misma”.

#### A MANERA DE CONCLUSIÓN

Tantas alabanzas de la ciudad y de los ciudadanos pueden llevar al lector a pensar que bondad y ciudadanía son sinónimos, que *todo buen hombre lo es por ser ciudadano* y no es así porque no todos los buenos sirven para la ciudad, para ocuparse de los negocios mundanos; sí es cierto, en cambio, que *todo buen ciudadano es buena persona* pues el buen ciudadano está obligado a dedicar su vida y afanes a la conservación y pro de la Cosa Pública, y para lograrlo ha de practicar las virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, a las que Eiximenis dedica los capítulos 47-56 de la primera parte de este libro doceno.

Los restantes capítulos explican lo que Eiximenis llama la doctrina Oridón, los consejos que este rey de Libia dio a su hijo Fabio: el primer consejo fue que jamás diese poder a alguien que se ofreciera voluntariamente y lo pidiese, porque este tal no busca el bien de la comunidad sino su propio beneficio; la segunda doctrina es no dar el regimiento de la ciudad a quien pide paga por ejercer una función que ha de ser gratuita, nadie cobra por cumplir con su deber; la tercera regla es no inclinarse a favor de los que piden contra justicia y verdad, y la cuarta es no temer a ningún poder superior porque el poder supremo es Dios y en Él ha de confiar el buen regidor y el buen ciudadano que merecen al fin de su vida ascender a la soberana ciudad de Dios, de la que, como vimos al principio, la ciudad terrenal es sólo un reflejo.

## NOTAS

1 El autor habla en el prólogo de un proyecto grandioso integrado por trece libros, de los que sólo se han conservado el 1, 2, 3 y 12; el 1 (*Primer del Crestià*) y la primera parte del 12 (*Dotzé del Crestià*) fueron publicados en el siglo xv –Valencia, 1483 y 1484 respectivamente–; para el tercero (*Terç del Crestià*) y la segunda parte del *Dotzé* disponemos de ediciones modernas –Barcelona, 1929-1932 y Gerona –; el 2 permanece inédito en su mayor parte y sólo conocemos algunos fragmentos. Una aproximación a la obra de Eiximenis puede verse en Albert Hauf. *Francesc Eiximenis. Lo Crestià*, Barcelona, 1983.

2 Dios creó al hombre para darle la bienaventuranza eterna y situarlo junto a él para siempre en la ciudad gloriosa, y por este motivo, para que el hombre tuviera en todo tiempo memoria de la ciudad la pintó en el interior del ser humano esperando que al tener presente esta imagen, continuamente pensase en la ciudad eterna y pensando se alegrase y alegrándose viviese y obrase virtuosamente y obrando de este modo confiase en llegar al modelo y esperando alcanzar la ciudad eterna llegase a ella al salir de esta vida. De San Juan Crisóstomo es la comparación entre el hombre y la ciudad: es rey el entendimiento, reina la voluntad, tesoro la conciencia, jefe de los caballeros el libre arbitrio, el pueblo, los ciudadanos, son la verdad de diversos pensamientos, los sirvientes son los sentidos corporales, las viandas y aguas son las inspiraciones y visitas divinales; el muro es la custodia angelical, las armas son oración y penitencia, los invasores y enemigos son el demonio, el mundo y la carne.

3 Tampoco saben hablar por lo que puede comparárseles con los chivos o cabrones que viven en la montaña –v. la nota siguiente–.

4 Un proverbio permite a Eiximenis matizar su afirmación y, de paso, insistir sobre la vulgaridad de los campesinos: cuando alguien peca en la comunidad se dice que no están todos los cabrones en la montaña como queriendo decir que “quienes están en las montañas son como cabrones en el hablar y en otras cosas”.

5 La estrecha relación entre sabiduría y caballería puede observarse en la *Primera Crónica General* de España cuando habla del Estudio o Universidad de Palencia: “por las escuelas de los saberes mucho enderessa Dios et aprovecha en el fecho de la caballería del regno do ellas son” (*Primera Crónica General*, II. Madrid, 1955, p. 686).

6 Aunque el autor dice seguir las enseñanzas de Polimarco de Calcedonia, legista y notable filósofo, los consejos a los miembros de los tres estamentos son de cosecha propia según puede verse en la tercera parte del libro, capítulos trescientos cincuenta y siete a trescientos noventa y cinco, convertida en obra independiente tras añadirle un prólogo dirigido a los regidores valencianos (*Regiment de la cosa pública*. Barcelona, 1927).

7 La misma idea tuvo Cam, llamado Zoroastro, que escribió las siete artes liberales en siete columnas de metal y en siete de tierra para que las artes estuvieran protegidas “contra diluvio de agua y contra encendimiento de fuego”. Unos años más tarde, Enrique de Villena repetirá la historia del descubrimiento y transmisión, en columnas de cobre o de barro, de las artes o ciencias; cuatro de estas columnas llegaron hasta la ciudad de Atenas que les debe su esplendor cultural, y de Atenas se trasladó el Estudio a Roma y más tarde a Salamanca y Oxford (José-Luis MARTÍN. *Enrique de Villena. Arte Cisoria o Arte de cortar los alimentos (y servir la mesa)*. Salamanca, 1977, pp. 33-34).

8 Éstos se reducen a dos según San Agustín: el deseo de riquezas y bienes materiales –pecado de avaricia– y el de placeres carnales o lujuria.

9 La frase es de Facundo en el sermón *De gubernatione Dei* en el que se citan las siguientes ciudades-estudios: Jerusalén en Judea, Memfis en Egipto, Damasco en Siria, Edesa en Mesopotamia, Cartago en África, Atenas en Grecia, Strigonio, Argentina y Colonia en Alemania, Roma y Florencia en Italia, París en Francia, Gdancia en la Tramontana y en España Sevilla y Tarragona. Eiximenis no actualiza los datos de Facundo pero no puede por menos de recordar que Barcelona es ciudad más antigua que Tarragona y que es una noble ciudad que bien merecería ser incluida en la lista de ciudades notables.

10 El capítulo XXVII refuerza lo ya dicho con palabras del filósofo Terculino y de San Juan Crisóstomo, San Jerónimo y San Benito para concluir que las ciudades fueron creadas “para refrenar los malos deseos”.

11 El mejor ejemplo es el de Éfeso, ciudad en la que había un templo con imágenes de personajes destacados: Arguijo, rey de Tesalia, el primero en acuñar monedas de oro y en descubrir los frenos para domar los caballos y el primero en montarlos; la segunda imagen era la de Saturno, rey de Italia, inventor de la vela para navegar y descubridor de la simiente del trigo; hijo de éste fue Stercos el primero en abonar, estercolar, la tierra. Rufo, duque de Media, tenía una imagen para recordar que fue el primero en hablar de policía civil

y de cortesía de vivir, el primero que hizo leyes para que los hombres no se adornasen en exceso y las mujeres no enseñasen la carne; Baco fue el primero en tejer paños y su mujer Brónica la primera tejedora de la historia; Arguio fabricó los primeros zapatos de cuero y su hijo Loto inventó la aguja. Doce estatuas recordaban a los doce hombres que primero descubrieron las doce artes más importantes; Semíramis es recordada por haber inventado bragas y guantes, anillos para los dedos, capirotos y capuzas para la cabeza. El invento de la corona y cetro real corresponde a Forfeo al que podemos considerar el primer “demócrata”: hizo una ley según la cual ningún pueblo debería elegir rector sin condiciones; los dirigentes serían elegidos para un tiempo concreto o si fuera para siempre con ciertos pactos entre electores y elegido: “así harás y así actuaremos y si haces lo contrario no te queremos como señor; te someterás a nuestra razón y juicio contra ti mismo en el lugar que señalemos, y nosotros nos someteremos a tu juicio si somos hallados culpables”. La última estatua era la del rey Foroneo de Seleucia, el primero en ordenar “alimentos domésticos, leyes generales y medicinas para los cuerpos”.

12 El autor acumula textos para reforzar la idea de que la alegría es necesaria: que el espíritu triste seca los ojos del hombre y mengua su vida o, de acuerdo con los médicos, que “ira y tristeza continuadas mensajeros son de muerte porque queman al hombre en su interior”.

13 En apoyo de esta idea cita el autor las palabras del Génesis: “No es bueno que el hombre esté solo...”.

14 Añade el autor otras consideraciones que poco tienen que ver con la soledad de la que aquí se está hablando: las mujeres sin hijos propios se solazan con los ajenos; las monjas, que no tienen marido ni hijos, se hacen acompañar por perritos que sustituyen a los hijos; si alguien pierde una persona querida se quejará de la soledad en la que se ve...

15 Se acompañan y encadenan citas del Eclesiástico: “todo animal busca a sus semejantes”, derivada con la ayuda de Séneca hasta “nadie puede poseer alegremente sin alegre compañía” y matizada con las palabras del príncipe asiático Clemenciano a sus hijos aconsejándoles que buscasen mujer que les gustara mucho porque con el placer de mujer pasarían sin problemas todas las dificultades mientras que si no tuvieran mujer que les gustase, toda riqueza y cualquier otro placer se convertiría en desplacer y tendrían amarga y corta vida. Les aconsejó, también, que para conservación de su vida no estuvieran disgustados consigo mismos durante más de una hora porque todo disgusto es herida de muerte que se asienta en el corazón. Continúa la secuencia con las palabras de San Simeón pidiendo paciencia y preparación para la desgracia para que si ésta llega no lo pueda tirar a tierra ni llevarlo a la desesperación, y finaliza con Prudencio para quien el hombre debía rodearse de alegría porque sin ella no es posible pensar, hablar ni obrar bien.

16 Se llama a Alfonso rey de España, pero ignoramos a qué monarca se refiere el autor.

17 La relación de edificios prodigiosos incluye un templo mandado edificar por el poeta Virgilio en Roma, con tantas imágenes como diversidad de gentes; el coloso de Rodas, el templo de Diana en Delos, la ciudad de Heraclea fundada por Hércules...; en ocasiones, Eiximenis que, más adelante, trazará su modelo de ciudad, describe con detalle la construcción, como en el caso del templo de Diana: “estaba asentado sobre cuatro columnas unidas por arcos y sobre los cuatro arcos una pared de la cual salían grandes piedras hacia el exterior y sobre estas piedras había ocho columnas con sus correspondientes arcos y sobre ellos una pared de la que salían grandes piedras hacia fuera; sobre ellas se asentaban ocho arcos y así seguidamente de manera que el orden siguiente era mayor, el doble, que el anterior hasta llegar el edificio al orden más alto rematado por CXXVIII columnas que lo convertían en una de las cosas maravillosas del mundo” (capítulo XXXVIII).

18 Nápoles, Cerdeña, Córcega, las costas del Estrecho y las Baleares también fueron objeto de la atención del emperador, interesado en facilitar la navegación y la llegada de los productos de estas tierras a Roma. De Cerdeña se dice que tiene aguas minerales calientes capaces de curar a los enfermos y de enfermar a algunos sanos: si los ladrones hacen falsos juramentos y después se lavan los ojos con el agua milagrosa pierden la vista.

19 Se limita a mencionar el caso de un ladrón que no quería habitar en la ciudad o a recordar cómo los atenienses Arno, gran ciudadano, y Baldo, conocido criminal, fueron ejecutados el segundo por sus crímenes y el primero por favorecerlo: los dos fueron crucificados y Arno, además, arrastrado por las calles pues su delito era mayor. El rey Eleuco no comió ese día hasta que Arno murió y al recibir la noticia dijo: “Ahora podemos comer tranquilamente puesto que hemos dado de comer a la comunidad y hemos fortalecido la justa ley, embellecida con la sangre de aquel que protegía a los criminales”.